

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO II.

MADRID 1.º DE JULIO DE 1875.

NUM. 46.



JULIO Y SUS CONEJOS.

Una de las acciones que revela el buen ó mal corazon de los niños es su comportamiento con los animales. De

Juliano, llamado el Apóstata, emperador que persiguió á los cristianos á sangre y fuego, se cuenta que desde

niño manifestó instintos feroces con los animales, á quienes se complacia en atormentar.

Sin poder remediarlo se indigna nuestro corazon muchas veces, cuando presenciarnos en las calles esos actos de niños sin educacion ni sentimiento, que molestan y persiguen á los animales sin haber recibido de ellos daño alguno, y solo por el placer de hacerles mal. Y si en esos pilluelos de calle, que no han recibido educacion alguna, esto nos parece altamente reprehensible, lo es mucho mas en niños bien nacidos, y que reciben educacion esmerada. Dios ha dicho en su libro santo: «El justo atiende la vida de su bestia; mas las entrañas de los impios son crueles.»

Pero afortunadamente son en mayor número los niños que cuidan con mucho cariño á los animales, proveen solícitos á su alimentacion, los acarician y los miman como si fueran de su misma especie. Mirad en la lámina presente á Julio, al lindo Julio de bellos ojos, hermoso rostro y ensortijados cabellos, recomendable y simpático por estas bellezas exteriores, pero mucho mas por la belleza y ternura de alma, que las facciones de su rostro revelan. Su papá le regaló hace algun tiempo una pareja de conejos, que él desde luego empezó á acariciar mucho, y sobre todo, cuando al poco tiempo le dieron cuatro monísimos conejitos. Mirad como acaricia á la madre á quien ha puesto por nombre

Ligera, miéntas los hijitos están comiendo las hojitas que les ha traído.

Cualquier tesoro se dejaria arrebatar Julio mejor que sus conejos. Y estos por cierto le pagan muy bien su cariño. Libres por la casa, desde muy tempranito Ligera con su familia están arañando á la puerta de la alcoba, donde duerme Julio, y no es la vez primera que habiéndola encontrado abierta, se han colado imprudentes y han dado un no pequeño susto á su amiguito. Cuando Julio se pone á comer, allí está á su lado la grey.


¡Qué hará y qué dirá Julio, cuando vea que sus conejos se multiplican tanto que la casa va á ser pequeña para ellos! Entónces tal vez se cumpla aquel refran que dice: Lo poco agrada pero lo mucho cansa. Y los conejos es una casta de animales, que si se los dejase y no fuesen tan perseguidos por el hombre y por los otros animales, se multiplicarian tanto que inundarian nuestros campos y harian muy molesta la vida. El conejo es uno de los animales mas fecundos; no bajan de 6 ú 8 crias al año, y en cada cria llegan algunas veces á dar doce y catorce hijitos. Aunque él se haya hecho una madriguera á su gusto, horadando las paredes y socavando la tierra, se cansa muy pronto de aquella casa, y hace otra llenando así todo de agujeros. Es tambien muy comedor y como se mantiene de yerbas es sobremanera perjudicial á los campos donde se multiplican.

La carne del conejo campestre es muy esquisita, pues sus alimentos son muy variados y el aire que respira muy libre. El conejo casero no agrada tanto, y produce bastante mal olor en la casa, si el sitio donde están, no tiene mucha ventilacion.

¿Se cansará Julio de sus conejos cuando los vea multiplicarse tanto, comer tanto, y dar olorcillo no muy bueno á su casa? No lo sabemos. Ahora goza mucho con ellos: los trata muy bien, los cuida mucho. Dios le conserve siempre esos buenos sentimientos y los dé á los muchachos malos, que gozan en perseguir y maltratar á los animales.

LA CARTITA DEL HUÉRFANO Á SU QUERIDO SALVADOR.

*Aunque mi padre y mi madre me de-
jaran, Jehová con todo me recoge-
rá. Salmo 27, 10.*

 n un cuartito oscuro y triste estaba Juanito mirando por una pequeña ventanilla con los ojos llenos de lágrimas á un cementerio vecino. Era una sepultura nueva que recientemente habia sido ocupada segun el verdor del ramillete, que adornaba su sencilla cruz. ¡Ay! La madre de aquel niño habia sido enterrada en este sepulcro el dia ántes. Habia vivido muchos años como viuda ganando el pan de cada dia con el trabajo de sus manos; pero nunca profirió una queja, cuando partía el último pedazo de este

pan con su pequeñito; era buena cristiana.

Hábale enseñado á contentarse con lo poco que el Señor les daba y agradecersele diariamente.

Aquel que alimenta los cuervos y viste los lirios, no olvidó nunca á estos pobres: bendecia su trabajo y sus alimentos. Ellos en cambio todos los dias le entonaban alabanzas.

Así trascurrieron varios años, y Juanito contaba ya siete primaveras, cuando el Señor se llevó la tierna y piadosa madre despues de una breve enfermedad. Ella habia orado con su hijo el dia ántes de su muerte encomendándole con muchas lágrimas en las manos de su Salvador. Sus últimas palabras habian sido: «Yo no os dejaré huérfanos, dice el Señor; cree esto, hijito mio, y confia en tu Salvador.»

Juanito estaba de rodillas junto á la cama llorando amargamente, y en esa actitud continuó todavía, cuando ya no existia su madre. La luz del dia habia desaparecido ya, la dueña de la casa oyendo los sollozos, entró y dijo: «Hijo mio, no puedes hacer revivir á tu mamá con tus lágrimas; acuéstate y no llores tanto.»

Juan obedeció y se acostó; pero el sueño no queria venir, y como ya no era mas que un huérfano sin parientes ni amigos, no habia persona alguna, que tomase aquel chico á su cargo, porque cada uno tenia bastante con su propia miseria y sus pesares.

Pero no obstante eso, tenia Juanito

un amigo mejor que todos los amigos del mundo, y á él resolvió dirigirse el huerfanito. «No os dejaré huérfanos, ha dicho Jesu Cristo,» repetía el chico, «y á mí tampoco, Señor Jesus, porque yo soy tuyo tambien.»

Se sentó en su cama y contemplaba las facciones dulces y tranquilas de su mamá, porque la luna alumbraba el cuartito en aquel momento; pero ya no lloraba, le parecia que su grande amigo le habia adoptado ya y todo cuidado por su existencia habia desaparecido. «Mañana,» decia, «cuando sea de dia, te escribiré, Señor Jesus,» y contemplando el cielo lleno de blancas estrellas, exclamaba contento: «Allí está su casa, allí vive en aquella gloria y desde allí me ve.» En seguida echóse en su cama y cerró sus párpados cansados de llorar, y Dios le dió un sueño tranquilo y suave, como cuando duermen los hijos de Dios que reposen en el seno de su Salvador, donde ni sueños malos, ni temores, ni sustos pueden acercarse para turbarlos. «Duermo tranquilo,» cantaba el rey David; «hé aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda Israel.»

Cuando rayó el dia y resonó la campana, despertó Juan y miró atónito á su alrededor en el cuartito, porque habia soñado que no estaba solo, que su buena mamá estaba con él y le veía con una cara transfigurada. Ya no estaba pobre como ántes, sino su Padre en los cielos le habia regalado muchas cosas buenas; él podia ir ya como los

otros niños bien vestido con ropa de abrigo á la escuela cristiana del pueblo.

Pero Juan bien pronto observó, que aquello no habia sido sino un sueño bueno y hermoso. La mamá estaba allí sobre su lecho, pálida, con los ojos cerrados sin movimiento alguno.

(Se continuará.)

LAS BOTAS.



El pobre Julian guardaba cabras. Su salario era tan corto, que no se podia comprar ni una sola prenda y sentia mucho frio, porque era ya principio del invierno y lo hacia muy intenso.

Un dia se llegó hácia él un hombre á quien habia visto ya varias veces en la cárcel, y le dijo: «Mi bolsillo está muy repleto; ven á mi casa que yo te proporcionaré vestidos, y así no tendrás que andar sin zapatos pisando barro.»

El chico contestó: «No; mejor quiero andar sin zapatos por el barro, que hacer alguna cosa mala; porque más vale llenarse los piés de lodo, que hacer con las manos algo digno de vituperio y ensuciar la conciencia de malas acciones.»

Pobre pero honrado, vale más que rico y malo.

Hijo mio, si los pecadores te quisieren engañar, no consientas. Proverbios 1, 10.

MARCOS 10, 15.

De cierto os digo que el que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

Solo es grande en
tu presencia
El que tiene la ex-
celencia
De conocerse infe-
rior;



Pues sea yo, dulce
Dueño,
Cada dia mas pe-
queño,
Para ser siempre
mayor.

(F. CLEMENTE).

LA CARTITA DEL HUÉRFANO Á SU QUERIDO SALVADOR.

(CONTINUACION.)



esta hora regularmente la madre del huérfano ponía la sopa caliente sobre la mesa, y ella y Juanito juntaban sus manos para dar gracias al Señor por la comida. Pero hoy la cosa había cambiado; el chico estaba solo y miraba á su mamá; ya empezaba á llorar de nuevo, cuando la dueña de casa entró con un plato de sopa y un pedazo de pan y le dijo con agrado:

«Buenos dias, Juanito, mis hijitos te mandan esto de su almuerzo. Siéntate y come; Dios te lo bendiga.»

El chico la miró, le dió las gracias y se sentó á comer lo que el amor fraternal le había mandado. Dió gracias al Todopoderoso, y buscó la Biblia grande que había en el estante. ¡Qué contento se puso su corazón, cuando la abrió y encontró el Salmo 23, y leyó allí las bondades del buen Pastor! Buscó tinta y pluma y un pedacito de papel blanco que encontró en la Biblia, y comenzó á escribir una carta. Pero, ¿á quién se dirige el pobre niño?

El escribía así: «¡Querido Salvador mio! Yo soy un pobre huerfanito y no tengo á nadie en el mundo; pero tú eres mi mejor amigo. Ayúdame y haz que yo pueda ir á una escuela de niños cristianos, donde yo pueda orar y

cantar y aprender las historias santas que tratan de tí. Ten, oh buen Pastor, misericordia de tu pobre

Juanito.»

Después cerró la carta, porque había encontrado una oblea, y puso en el sobre:

«A mi querido Salvador en el cielo.»

Muchas lágrimas habían caído sobre el papel; pero ahora las secó, levantóse, y tomando su gorrita salió de la casa con dirección á la carretera por donde el postillon solía traer al alcalde las cartas de la ciudad. Los árboles estaban llenos de flores, porque era primavera y toda la campiña parecía un Eden. El Señor había abierto también esta vez su mano para bendecir á los hombres con muchos bienes, y si Juanito no hubiera estado tan afligido, de seguro habría cantado un himno de alabanza al Señor, pero hoy no podía; miraba aquel cielo azul con sus nubecitas blancas, y los rayos dorados del Sol, estando seguro que desde allí le veía el ojo de su Padre celestial y le guiaba.

Así caminó consolado hasta la ciudad, y cuando llegó allí, echó su carta en el depósito y se volvió al pueblo con el corazón tranquilo porque estaba seguro que su carta llegaría al lugar destinado.

Nosotros le dejaremos partir solo, y acompañar al día siguiente á su querida mamá al cementerio.

Veremos, qué camino tomó aquella carta escrita por Juanito.

En aquella misma noche arreglaba

el administrador del correo las cartas recibidas y encontró también la de nuestro Juanito; la miró de soslayo y dijo: «Esta la debe haber escrito algún loco;» y la puso aparte. Pero allí no había de quedar; á la noche siguiente vino su hijo al escritorio á llamarle, porque la mamá había recibido visitas; también hacía mucho rato que habían dado las ocho, hora que aguardaban los niños con impaciencia, porque entonces venía el papá á cenar; y cuando la cena se había concluido, podían los niños más pequeños sentarse sobre sus rodillas, les dejaba montar á caballo y les contaba el cuento del postillon amarillo, imitando su corneta, lo que divertía á los chicos muchísimo. Esta vez tenía el papá que escribir un momento más; mientras tanto el pequeño Carlos examinaba el despacho buscando algo de nuevo, y vió sobre una mesita una carta, cuya oblea colorada y grande atrajo su curiosidad; la tomó en la manita y comenzó á deletrear el sobre. Esto no era fácil para él, porque hacía pocas semanas que iba á la escuela; pero al fin comprendió y leyó con voz alta, pausada:

«A mi querido Salvador en el cielo.»

«Papá, esta es una carta bonita;» dijo, y la llevó corriendo al administrador que había acabado su trabajo en este momento.

«A ver,» contestó y lo tomó en sus brazos, «¿qué cosa bonita tienes tú?»

«Una carta muy linda, papá.»

El administrador observó entónces que la mano de un niño habia escrito la direccion, y dijo:

«Veremos que está escrito aquí.»

Padre é hijo leyeron en seguida, y una lágrima de aquel hombre enterrecido humedeció la cartita; tomóla con su hijo, apagó la lámpara y fuése al lado de su esposa, que le aguardaba entretenida con una amiga, la condesa de Barnes.

«Buenas noches, amigas mias; tengo que enseñarles una carta, que me interesa más que todas las que he despachado desde que soy administrador de correos.»

Dió con esto el papelito á su mujer, que lo leyó en alta voz.

«Mamá, mamá, ¿adónde está Juanito?» gritó Carlos. «Yo quiero ir por él, tú serás su mamá y él será mi hermanito.»

Pero Carlos tenia ya un hermanito y tres hermanas, y por esto dirigió la señora á su marido una mirada llena de dolor; mas la condesa se levantó diciendo:

«Esto viene del Señor; yo me haré cargo del pobre niño, yo lo haré en su nombre.»

(Se concluirá.)

LOS BUENOS MODALES.

En un tiempo de escasez y carestía en que todo tenia un precio elevado, llamó un hombre muy rico á veinte chicos de los más pobres del pueblo y

les dijo: «En esta cesta teneis cada uno vuestro pan; cogedle y venid todos los dias á estas horas.»

No se hicieron de rogar los niños, y al momento se lanzaron sobre los pedazos de pan, pegándose y magullándose por coger cada cual el pedazo más grande. Al fin se fueron sin dar las gracias. Solamente una pobre niña llamada Francisca permaneció alejada de los chicos, y cuando estos se fueron, tomó un pedacito pequeño que habian dejado y dió al señor las gracias, le besó la mano y se marchó.

Al dia siguiente volvieron los niños como se les habia prevenido, se les entregó la cesta con los panecillos y su comportamiento fue el mismo que el del dia anterior. Tambien esta vez se quedó Francisca con un pedazo de pan muy diminuto. Y cuando llegó á su casa y se puso á cortarlo, empezaron á caer de él monedas de plata.

Su madre al ver esto se impresionó y dijo: «Lleva en seguida este pan al señor, pues habrán metido las monedas inadvertidamente.»

Pero cuando llevó el pedazo de pan al señor y dijo lo que le habia sucedido, este la contestó: «Yo lo he mandado hacer así para recompensarte por ser tú la más juiciosa.»


Los prudentes logran siempre más con sus buenos modales.

El hijo sabio alegre al padre; y el hijo necio es tristeza de su madre.

(Prov. 10, 1.)



ANÉCDOTA.

 allándose á mediados del siglo XVII en Florencia sir Jorge Davis, cónsul ingles en Napoles, fué á visitar la casa de fieras del gran duque, y allí tuvo ocasion de ver la jaula de un hermoso leon que al decir de los guardianes habia sido imposible domar, á pesar de todos los medios que para ello habian empleado durante tres años.

Apénas se acercó sir Jorge á la puerta de la jaula, corrió el leon hácia él dando muestras de la mayor alegría, maullando á manera de gato, y lamiendo la mano que sir Jorge habia introducido al traves de las barras de hierro. Tan alarmado como asombrado el guardian, manifestó al imprudente ingles que no debia confiar tanto en la fiera, pues era la más terrible é indomable que de su especie habia visto.

A pesar de esto, sir Jorge suplicó que le dejasen entrar en la jaula, lo logró al fin despues de grandes instancias, y apénas le vió á su lado el animal le puso las manos en los hombros y lleno de contento le lamió la cara y acercó la cabeza al pecho de su amigo, maullando y haciendo mil

piruetas como las que hacen los gatos y perros cuando quieren dar pruebas de afecto á sus dueños.

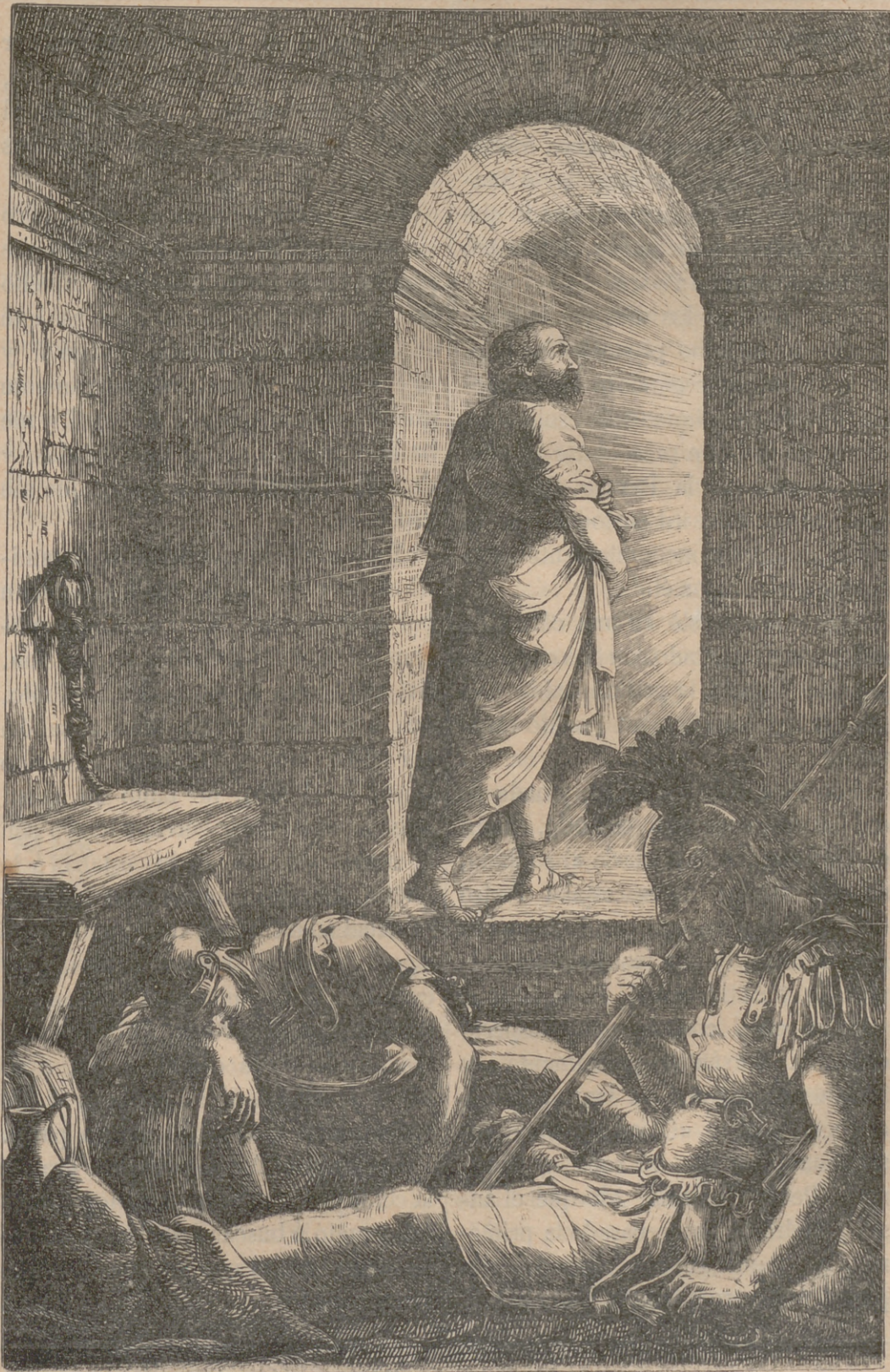
Esta rara y extraordinaria escena fue al siguiente dia el tema de las conversaciones en Florencia y pronto llegó á oídos del gran duque, el cual deseó presenciar una entrevista del leon y del ingles. Satisfecha la curiosidad del soberano, sir Jorge se espresó en los términos siguientes:

«Este leon fue mio; el capitan de un buque procedente de Berbería me lo regaló hace algun tiempo cuando aun era cachorro; creció á mi lado y llegué á domesticarle. Pero cuando ví que era demasiado grande para dejarle suelto por la casa, mandé fabricar una jaula, de la cual no se le sacaba sino para que le vieran mis amigos.

«Un dia maltrató á un hombre, y al pronto dispuse que matasen al animal para evitar cualquier desgracia; pero un amigo que me acompañaba cuando dí la orden, me suplicó se lo regalase y así lo hice.»

El gran duque manifestó entónces, que este amigo se lo habia regalado á él, y que despues de lo que acababa de oír no estrañaba el modo de proceder del leon, agradecido al hombre que lo habia criado.





PRISION Y LIBERTAD DE PEDRO.

Habiendo el rey Heródes Agripa comenzado á maltratar á algunos miembros de la iglesia, hizo degollar á Santiago, hermano de Juan. Y viendo que esto complacia á los judíos, determinó tambien prender á Pedro.

Eran entónces los dias de Pascua. Y cuando le hubo prendido le puso en la cárcel, entregándole á la custodia de cuatro piquetes de soldados, con el designio de presentarle al pueblo despues de la Pascua. Miéntras que Pedro estaba así custodiado en la cárcel, la iglesia incesantemente hacia oracion á Dios por él.

Pedro fue puesto en una cárcel de muros macizos, atado con dos cadenas, y hasta llegar á la prision habia tres puertas. ¿Cómo hubiera podido escaparse?

Con todo el Señor quiso, y nada de eso fue suficiente para retenerle. Cuando Heródes iba á enviarle al suplicio, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo; y hé aquí que bajó un ángel del cielo, y una luz llenó de resplandor toda la cárcel. El ángel tocó á Pedro en el costado y le despertó diciendo: «Levántate prestamente,» y las cadenas cayeron de las manos. Y el ángel le dijo: «Cíñete, y átate tus sandalias. Rodéate tu ropa y sígueme.» Pedro obedeció. Así que el ángel y Pedro hubieron pasado la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que salia á la ciudad,

y esta puerta se les abrió tambien por sí misma. Y habiendo salido por ella, pasaron una calle y desapareció el ángel. ¡Cuántos milagros en pocos minutos!

Pedro habia seguido al ángel, pero sin saber que fuese una realidad lo que pasaba, pues creia que todo aquello no era sino una vision. Pero así que el ángel le hubo dejado, vino en sí y dijo: «Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Heródes, y de todo el pueblo de los judíos que me esperaba.

Y pensando lo que haria, se encaminó á casa de María, madre de Juan por sobrenombre Márcos, donde muchos estaban congregados en oracion. Así que tocó á la puerta del vestíbulo, una doncella, llamada Rhode, salió á ver quien era; y habiendo conocido la voz de Pedro, fue tanto su gozo, que en vez de abrir corrió adentro con la nueva de que Pedro estaba á la puerta. Los que estaban en la casa no se decidian á creerlo, mas como Pedro siguió tocando, salieron á abrirle, y cuando le vieron quedaron todos asombrados. Contóles como el Señor le habia sacado de la cárcel, y les dijo: «Haced saber esto á Jacobo y á los hermanos.» Y se retiró á otra parte.

Luego que fue de dia era grande la confusion entre los soldados. Heródes mandó á buscar á Pedro, y no pareciendo ordenó que los guardias fuesen castigados.

Estaba Heródes irritado contra los Sirios y Sidonios, y con el designio de hacerles la guerra; pero ellos de comun acuerdo vinieron á presentársele y le pidieron la paz, pues aquel país necesitaba de los socorros de Heródes.

Despues en un dia señalado, Heródes vestido de traje real, se sentó en su trono y les arengaba. Todo el pueblo prorumpió en aclamaciones diciendo: «Voz de Dios, y no de hombre.» Mas en aquel mismo instante le hirió el ángel de Dios por no haber dado á Dios la gloria, y roído de gusanos espiró.

Así mostró Dios su aversion al orgullo, y libró á su iglesia de un cruel perseguidor.

LA CARTITA DEL HUÉRFANO Á SU QUERIDO SALVADOR.

(CONCLUSION.)



odos se alegraron muchísimo, y más que todos el pequeño Carlos. La condesa no vivia léjos y él podia visitarla todos los dias. Ella queria á los niños y todos los que la habian visto una vez, la amaban tambien. ¡Hermosa noche aquella! parecia que el gran amigo de los niños habia entrado allí diciendo: «El que recibe uno de estos niños en mi nombre, me recibe á mí mismo,» haciéndoles participar al mismo tiempo de la felicidad que experimenta un niño cuando ha cumplido los deseos de sus padres. Era la morada de Dios entre los

hombres, un lugar apacible; ¡ojalá tal Betania se encontrara en todas partes!

Al dia siguiente el administrador buscó al niño, y le encontró muy pronto, porque el nombre de su pueblo estaba puesto tambien en el sobre. Mandó á su sirviente para hacerle traer; este le encontró en la ventana donde le hemos visto al principio de esta historia. La dueña de la casa habia estado allí, para decirle que tenia que desocupar el cuarto, pues no se habia pagado el alquiler y tenia que venderse la cama, único mueble de la habitacion; y aconsejaba á Juan buscase su vida pidiendo limosna, hasta que más grande ya pudiese ganar su vida. Despues se habia marchado sin hacer caso de sus lágrimas, aunque el pobre suspiraba y lloraba amargamente y se decia: «¿No habrá llegado mi carta?» En esto entró repentinamente un hombre preguntando por un huérfano llamado Juan.

«Yo soy,» exclamó el niño alegremente, clavando en su interlocutor sus ojos azules y límpidos.

«Pues entónces ven conmigo, porque la condesa de Barnes quiere verte.»

Juan le siguió con el corazon conmovido, y lo que pasó allí, lo saben los ángeles en el cielo que llevaron su oracion de gracias ante su Padre celestial, pues estaba seguro que su peticion habia sido escuchada.

Bien presto encontróse delante de aquella señora cariñosa que le dijo:

«Tu carta, hijito mio, ha llegado

hasta el trono de tu Salvador, y me ha mandado que yo sea tu mamá.»

El pobre niño con las manos juntas, y los ojos rebosando de alegría sin poder hablar, miraba á la condesa.

El amor de madre comprende tan bien este lenguaje mudo!

Desde entónces tuvo Juanito una madre que no descuidaba su educacion corporal y espiritual. Nuestro Señor Jesucristo le dió su bendicion, y crecia en espíritu, y le dió gracia ante los hombres, hasta que maduró como sarmiento bueno en la vid del Señor llevando frutos buenos, para honor de de su viñador celeste.

DESEO IR AL CIELO.

Un caballero hacia el trayecto de Paris sentado en la banqueta de un omnibus. A su lado temblaba de frio un niño pequeño cuya pálida figura y manos crispadas manifestaban un vivo sufrimiento. «Tú sufres mucho con el frio, mi pobre niño,» dijo el viajero, «¿eres tan desgraciado!»

«Sí, Señor, yo sufro, pero no soy desgraciado,» le contestó, queriendo sonreír. «¿Cómo es eso?»

«Porque si tengo frio ahora, en casa me calentaré. Voy á casa de mi tia, que tiene un buen fuego y un buen desayuno; dentro de un cuarto de hora habré olvidado el frio.»

«¡Ah! mi pequeño amigo,» contestó el caballero, «tienes mucha razon en no dejarte entristecer por los su-

frimientos del momento, cuando tienes á la vista una tan buena esperanza. ¿Sabes que me has dado una leccion que yo no olvidaré nunca?»

«¿Y cual, Señor?»

«Yo tambien, mi querido niño, hago un viaje, al fin del cual espero encontrar la casa paterna llena de todo lo que puede hacerme dichoso; pero algunas veces olvido la dicha que me espera, para atormentarme con las miserias y penalidades del camino.»

«¿Entónces vuestro viaje es más largo que el mio?» «Hace muchos años que dura.» «¿Es posible! Pues yo no deseo estar tan largo tiempo léjos de mi casa.» «Yo procuro hacer como tú, pienso en el término final y entónces me consuelo con la esperanza.»

«¿Hace frio en su pais?» preguntó el niño. «No, amiguito: hace siempre buen tiempo, y ninguno sufre como tú en este momento. Allí los dias son magníficos y las cosas que en él hay harian palidecer todo lo que haya de más hermoso y extraordinario en Paris. Los habitantes están poseidos de la más viva afeccion y cariño mútuo; allí mora siempre la dicha.» «¡Oh! yo quisiera ir á ese país.» «¿Luis, mi pequeño Luis!» gritó una voz en este momento. El conductor se apresuró á detener el carruaje, el niño descendió, no sin pena, del omnibus, y cuando se volvió para saludar con un signo de amistad al caballero, éste le vió entre los brazos de una buena mujer, y entrar con ella en la portería de una casa. *(Se concluirá.)*

SALMO XXIII.

Cancion de David.



El Señor me dirige.
 Nada me faltará, que cuidadoso
 Sitio para mí elige
 En pastos deleitoso,
 Y en saludables aguas abundoso.
 Él á sí me ha llamado:
 De virtud á la senda me ha traido,
 De su nombre llevado.
 Y aunque más confundido
 Me vea entre tinieblas y perdido,
 Palpando ya la muerte
 No habré temor de sombras infernales;
 Mas con ánimo fuerte
 Despreciaré los males
 Porque estás tú conmigo y tú me vales.
 Tu báculo y tu vara
 De consuelo me sirven y de guia:
 Tu mesa se prepara
 Aquí á la vista mia,
 A pesar del contrario y su porfía.
 Tú unges mi cabeza
 Con el suave unguento, y la bebida
 Me brindas con largueza
 En copa bien henchida;
 Y favor me darás en esta vida

Continuo permanente
 Con benigna piedad y generosa,
 Y luego eternamente
 Vivir en la dichosa
 Morada que tú habitas deliciosa.

(T. G. CARVAJAL.)

DESEO IR AL CIELO.

(CONCLUSION.)

Allí colocado al fuego, los pies
 y manos de Luis se calentaron,
 participó del buen almuerzo
 que le tenian preparado y del cariño
 que habia encontrado siempre.

En seguida contó á su buena tia la
 conversacion que habia tenido con el
 viajero, y dijo: «No he tenido tiempo
 de preguntarle el nombre de su bello
 país.»

«Es sensible,» dijo la buena mujer,
 «más creo que yo podré decírtelo.»

«¿De verdad, tia?»

«Sí, mi pequeño Luis, porque yo
 pienso ir tambien un dia.»

«¿Tú?» «Sí, hijo mio.»

«¡Oh! ¡qué dicha! ¿Me llevarás, mi
 querida tia?»

«Escucha, mi amado niño. Me has
 visto con frecuencia llorar; pues bien;
 allí no lloraré más, todas mis lágrimas
 serán enjugadas por una mano paternal.
 Tú sabes que largo tiempo hemos es-
 tado vestidos de luto por la muerte de
 tu madre; allí no habrá duelo. Tú sabes
 con cuanta frecuencia me encuentro
 fatigada: allí no habrá ya trabajo.
 Aquí oimos con frecuencia gritos y

malas palabras: allá no habrá gritos, ni maldad, ni nada que cause pena.»

«¡Ah tia mia!....»

«Escucha todavía; tú amas el cantar; pues bien, allá hay siempre un canto armonioso y de sonidos bellos. Tú amas las frutas deliciosas; allá las frutas son magníficas, y los árboles nunca se agostan. Tú amas las buenas habitaciones; allá las casas son construidas por el Arquitecto celeste, y las piedras brillan como las joyas de los reyes.»

«¡Oh! qué país tan hermoso!»

«Oye todavía, hijo mio. Lo que nos entristece con frecuencia aquí, no viene tanto de las cosas de fuera como de las interiores, quiero decir de los malos pensamientos y sentimientos que están dentro de nuestros corazones, y que nos hacen malos y desgraciados: allá no tendremos sino pensamientos y sentimientos de bondad, y seremos perfectamente puros y dichosos.»

«Pero tia mia, ¿tú me hablas del cielo?»

«Sin duda, el caballero te hablaba también de él.»

«¿Y el viaje?»

«Es el viaje de la vida.»

«¡Ah! ya comprendo ahora. El me decía que le había dado una lección, pero yo creo que es él quien me la ha dado á mí, y bien buena.»

«Es verdad: mas Luis, tú me has dicho que querias ir al cielo, ¿es de veras tu petición?»

«¡Oh, sí, tia mia!»

«Pero tú no mereces ir, niño mio.»

«Lo sé bien, tia mia; dime, ¿qué es necesario hacer?»

«Es necesario que como yo busques alguno que haya merecido ir, y que te dé su derecho de entrar.»

«¡Oh tia! ¿es posible?»

«Sí, no hay más que uno solo, yo le he encontrado: es Jesu-Cristo; Él tiene suficientes méritos para tí y para mí, y para todos aquellos que quieran confiar en Él. Escucha, debiéramos ser castigados por nuestros pecados: Él se ofreció á los golpes de la justicia, que cayeron sobre Él, inocente, puro y perfecto. Dios lo aceptó en nuestro lugar. Su sangre ha sido derramada, y todos los bienaventurados que están en el cielo, cantan: «Digno eres, porque tú has sido muerto, y con tu sangre nos has redimido, haciéndonos para nuestro Dios reyes y sacerdotes; y reinaremos sobre la tierra.» Y todos los ángeles exclamarán: «Digno es el Cordero que ha sido inmolado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.» (Apocalipsis 5.) Tú no tienes que hacer mas que una cosa, hijo mio, y es volverte con fe hácia ese buen Jesus, que te ha amado hasta dar su vida por salvarte.»

«¿Y despues?»

«Despues creer en su Palabra, que dice: «Al que á mí viniere no le desecharé.» (Juan 6, 37.)

«¿Y si yo creo, qué me sucederá?»

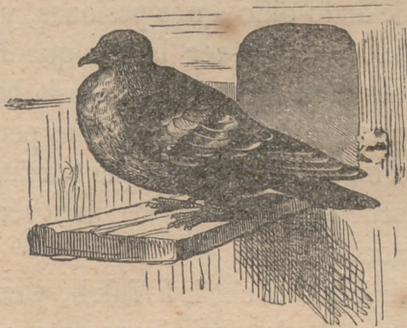
«Tú amarás á Jesus y buscarás ha-

cer su voluntad en todas cosas, porque con fe verdadera su buen Espíritu descenderá sobre tu corazón.»

«Mi querida tia, yo quiero ir al cielo.»

LAS PALOMAS, EL MILANO Y EL HALCON.

FÁBULA DE ESOPPO.



Las palomas viéndose muchas veces perseguidas del milano, para estar seguras y defendidas de él, tomaron al fuerte halcon por defensor y señor, pensando que con su amparo estarían defendidas. El halcon comenzó á comerse una de ellas, dando á entender que lo hacia por castigo y correccion, pues fingió que habia delinquido.

Entónces dijo una: «Pues mas leve era padecer y sufrir las persecuciones del milano, que tener tal defensor que nos mata y destruye. Pero dignamente padecemos todo esto, porque nosotras mismas fuimos causa de nuestro mal.»

ANECDOTA ARABE.

Sabido es en cuanta estima tienen los árabes á sus bestias de montar. Uno de ellos, llamado Taleb, tenia un jumento que reunia todas las circunstancias mas apetecibles, y que ademas tenia fama de muy veloz en la carrera. Vióle un cheik de las cercanías, y este desde aquel momento ardió en vivos deseos de poseerlo; pero en vano hizo ofrecer al dueño una considerable suma, pues á ningun precio quiso este desprenderse de un animal que era considerado como la honra, y hasta el paladion de la tribu. Viendo entónces el cheik desechadas sus ofertas, ideó un ardid que debia hacerle dueño del objeto de sus deseos.

Un dia que Taleb iba montado en su jumento por un camino hondo y se hallaba ya algo distante de la ciudad, oyó una triste y lamentable voz que salia de los matorrales inmediatos al camino.

«Deténte,» decia la voz, «si tienes alma musulmana, apiádate de un desgraciado.»

Taleb volvió la cabeza hácia el lado de donde partian aquellos lastimeros acentos, y vió sentado á la orilla del camino á un hombre cubierto de andrajos y que parecia hallarse estremado de fatiga.

«¿Qué tienes, hermano mio?» le dijo acercándose; «¿Qué puedo hacer para darte alivio?»



«Hermano,» contestó el desconocido, «he creído que podría llegar á la ciudad ántes de que cerrara la noche, pero el cansancio y mis dolencias han agotado mis fuerzas; déjame montar en tu cabalgadura y librame así de ser mordido por las bestias feroces que no tardarán en venir á estos sitios. Te lo ruego por Dios.»

«Ven,» dijo Taleb, «monta á la grupa y te llevaré á mi casa.»

¡«Ay de mí!» repuso el otro, «si apenas pueden sostenerme mis piernas, ¿cómo he de poder subir hasta la silla si no me ayudas?»

Bajó entónces Taleb de su montura y tomando en brazos al desconocido lo colocó suavemente sobre la silla, le puso los pies en los estribos y le dió las riendas.

En el mismo instante el pretendido enfermo partió como una flecha, golpeando fuertemente al jumento con los talones. Detúvose despues cuando hubo andado algunos centenares de pasos, y gritó en tono burlesco al árabe que se habia quedado estupefacto:

«¡Hola, eh, Taleb, reconócame! Soy el mismo que he enviado por tres veces á tu casa á mis gentes para comprarte este jumento y como no me lo has querido vender, me lo tomo. Buen viaje.»

Al oír estas palabras Taleb suspiró, y dirigiéndose al cheik: «Detente,» le dijo, «y oye una súplica que voy á hacerte. Cuando te encuentres otra vez entre los tuyos de regreso de esta

espedicion, no les hables de la desgracia que me acababa de ocurrir. Porque debemos temer que si se esparce la noticia de lo que acabas de hacer, es fácil que se retraigan los hombres de la caridad y que impida eso se hagan mutuamente el bien.

Apeóse entónces el cheik y conduciendo el jumento al sitio donde estaba Taleb, le dijo:

«He dado oído á mis pasiones, y eso me ha impedido ver la luz que Dios ha puesto en el interior de cada hombre para que le guíe. No debo persistir en mi accion, puesto que tan fatales consecuencias podría acarrear al género humano.»

Así habló el cheik á Taleb, y cuéntase que desde aquel momento estuvieron unidos en estrecha é inalterable amistad.

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número, ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física é Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID: 1875.

IMPRENTA DE JOSÉ CRUZADO,
Peñon, 7.